

EL AMOR EN LA CRUZ



IVE el Cid encerrado en su dolor.

Aquella alma batalladora se siente sumergida bajo una capa de recuerdos familiares y se deja correr a la deriva de sus sentimientos. Un período de calma entre los muros de Vivar.

Jimena, que no puede dejar de amarle y que al fin y al cabo le debe la vida, se decide a ir a visitarle. Ella tiene que comprender que no ha sido tan grave la falta del Campeador al matar a su padrino. Su honor lo obligaba y no ha hecho más que vengar una ofensa.

Ella tiene que sentir que él no ha querido atropellar su amor y que habría dado su vida porque no hubiera sido Lozano el ofensor de su padre.

Además, ¿cómo podría ella dominar su corazón, que le pide en cada latido ir a consolar al que ahora sufre y con más razón que ella, puesto que ha perdido sus verdaderos padres?

Rodrigo tiene el alma abierta en cruz y la espera.

Ella entra en su alma, en esa alma que es una gran bahía de tristeza, como un barco cargado de horizontes azules.

V. HUIDOBRO

Ella lleva al doliente la panacea universal de sus ojos.

El se siente revivir bajo esas manos que son nidos de auroras; él, que en sus noches de melancolía, de furor o de sangre no ha dejado de ver sus miradas en todos los resplandores del mundo.

Ella está allí ante él con sus ojos para poemas, con su cabellera para dedos trémulos. A él le place llorar escondido bajo su cabellera de pasión.

Un enjambre de estrellas de amor, de estrellas sin nombre, porque tienen todos los nombres, nacen en el cielo renovado.

El amor que los une tiene el mismo color de la fatalidad que los había separado.